

Robert Skidelsky y Edward Skidelsky: «¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para una “buena vida”»

Crítica, Barcelona, 2012, 272 páginas

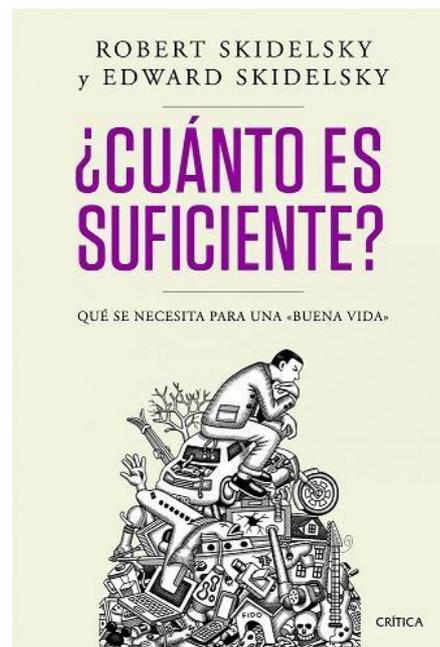
José M. Domínguez Martínez

«¿Cuánto es suficiente?». Es la pregunta que da título a un reciente libro de Robert y Edward Skidelsky, centrado en el estudio de la pasión por el dinero y los cánones de la «buena vida». No es de extrañar que una obra escrita, junto con su hijo, por el autor de la quizás más reconocida biografía de Keynes tomara como referencia, para tales menesteres, las profecías económicas del gran economista británico. La veneración profesada a John Maynard Keynes queda plenamente justificada por la altura de su pensamiento económico. Ante una crisis económica de una envergadura como la que estamos sufriendo su figura se engrandece, sin que sea infrecuente que en numerosas ocasiones sea invocado, más que como un economista, como un auténtico icono religioso.

En 1928, Keynes dictó en Cambridge su célebre conferencia sobre «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», repetida en su visita a la Residencia de Estudiantes de Madrid en el año 1930. Entonces vaticinó que, antes de cumplirse 100 años (ya estamos cerca del término de ese plazo), bajo una serie de hipótesis cruciales, las sociedades de los países avanzados estarían en condiciones de satisfacer todas sus necesidades materiales, con un esfuerzo laboral máximo de tres horas al día. De una manera bastante fortuita (desgraciadamente, no se ha cumplido su supuesto de ausencia de grandes conflictos bélicos, cuyos efectos se han visto contrarrestados por otros, como un mayor incremento de la producción), el aumento de los ingresos reales por habitante ha sido similar al pronosticado, pero no puede decirse lo mismo de la duración de la jornada laboral.

Los autores ponen así de relieve lo que consideran un enigma fundamental en el mundo rico: en promedio, estamos 4 o 5 veces mejor que en 1930, pero la jornada de trabajo media sólo se ha reducido una quinta parte desde entonces. Atribuyen el error de Keynes a que no se ha cumplido su creencia de que las personas tenemos un sentido de saciabilidad. Las necesidades pueden ser finitas, pero no los deseos, con lo cual el crecimiento económico no tiene una tendencia natural a detenerse, ni la economía a alcanzar el estado estacionario del que hablaban los economistas clásicos.

Para tratar de explicar por qué no se trabaja menos en las sociedades actuales, los Skidelsky despliegan un amplio arsenal de conocimientos que se adentran en los campos de la filosofía, la religión, la sociología y la psicología. Las incursiones son de gran interés, aunque tal vez hubiese merecido dedicar algún tiempo a las cuestiones metodológicas. De entrada, para esclarecer el enorme contraste entre quienes trabajan muchas menos horas de las que desearían (parados involuntarios) y quienes dedican a su actividad laboral (con un mayor o menor grado de voluntariedad) mucho más tiempo del normal. ¿Qué factores explican esta tremenda divergencia? ¿Cómo puede corregirse? Por otro lado, es cierto que la jornada laboral estándar muestra resistencia a la baja, pero puede ser instructivo cuantificar cómo ha evolucionado el número total de horas que una persona trabaja a lo largo de toda su vida: hoy día, afortunadamente, es más prolongada la etapa educativa, se trabajan menos días a la semana y menos horas al día que en 1930, son más prolongadas las vacaciones, y es mucho más amplio el período de jubilación gracias al aumento de la longevidad.



Los autores consideran que la insaciabilidad es una tendencia arraigada en la naturaleza humana y en nuestro carácter social, no en la dinámica de un sistema económico determinado, como sostienen los marxistas, pero suscriben el planteamiento de éstos cuando señalan que el capitalismo ha exacerbado nuestra tendencia innata a la insaciabilidad al liberarla de los límites de la costumbre y la religión. La coincidencia con los planteamientos marxistas es efímera en el caso de Robert y Edward Skidelsky, que lanzan una crítica desafortunada de Marx, de quien llegan a afirmar que «después del Manifiesto Comunista pasó veinte años en el Museo Británico intentando demostrar que tenía razón, y no lo logró». En sus predicciones acerca del derrumbe del capitalismo, el filósofo germano no tuvo en cuenta el papel de la productividad. La teoría del imperialismo sería inventada posteriormente -sostienen los autores- para explicar el inesperado poder de supervivencia del capitalismo.

En su opinión, el capitalismo ha logrado un avance incomparable en la creación de riqueza, pero nos ha incapacitado para hacer un uso civilizado de ella. La configuración de la economía como una ciencia independiente y desprovista del componente de la moral tiene gran parte de culpa en el proceso que se ha generado. Frente a la moral tradicional, que concebía la sociedad como una instancia cuyo objetivo era el «bien común» (que, dicho sea de paso, no puede decirse que fuese muy común, sino bastante selectivo, antes del nacimiento de la economía), la doctrina de Adam Smith ve el interés general como una consecuencia de la actuación autónoma de los individuos movidos por sus respectivos intereses particulares en los distintos mercados. Si a esto se une la conversión del dinero en un fin en sí mismo, desplazando incluso su papel como medio de intercambio, la noción de buena vida de los filósofos clásicos, entendida como vida de ocio, va perdiendo peso, indefectiblemente, dentro de los valores y esquemas sociales. La crítica de Robert y Edward Skidelsky no se limita a la economía convencional, sino que se extiende también al ecologismo, al que atribuyen un carácter ligado a la fe y no a la ciencia, y del que cuestionan que no aplique ningún descuento temporal en la consideración de las consecuencias de las acciones humanas.

Dentro de este panorama, apenas resulta sorprendente la constatación de la paradoja de Easterlin: el PIB per cápita ha aumentado a lo largo de las últimas décadas, pero la felicidad declarada por los ciudadanos apenas ha variado. Si medir el PIB adecuadamente es una tarea bastante compleja, no digamos cómo puede ser la de intentar cuantificar la felicidad. Lo que sí parece un

hecho probado es que la felicidad se ve afectada no tanto por su nivel absoluto sino por el que se tiene en comparación con el de otras personas. Un aumento de los valores del PIB acompañado por un incremento de la desigualdad no ayuda a que haya una mayor felicidad. Por otra parte, casi todos tenemos una gran capacidad para asumir e internalizar las mejoras que podamos encontrar en nuestro entorno y para olvidar las condiciones de vida de años pasados. Personalmente, si se puede hacer abstracción de las dramáticas situaciones desencadenadas por la actual crisis, tengo dudas de que la representación de la evolución de la satisfacción a lo largo de los últimos 50 años sea completamente homogénea en el sentido de que respondan a un mismo origen de coordenadas, que ha podido desplazarse gracias a muchos avances sociales anteriormente impensables. A este respecto, la reflexión recogida dentro del argumentario esgrimido por los autores de la obra comentada no tiene desperdicio: «puede resultar doloroso abandonar los lujos adquiridos desde 1974, por mucho que no hayan contribuido a nuestro bienestar social».

Para Skidelsky padre e hijo, son siete los elementos de la buena vida: salud, seguridad, respeto, personalidad, armonía con la naturaleza, amistad y ocio. El deber esencial del Estado es la creación de las condiciones materiales para que todos puedan gozar de una buena vida. Consideran que ninguna política sensata ha de tener como objetivo final el crecimiento económico en sí mismo, aunque éste puede ser deseable por otras razones coyunturales. Ante un sector público que estiman ha abandonado toda intención de guiar las fuerzas del mercado hacia resultados sociales deseables, apelan como salida a la aplicación de las enseñanzas sociales católicas, que propiciaron el concepto de economía social de mercado.

Su propuesta de organización económica orientada a hacer realidad los bienes básicos se sustenta en las siguientes líneas: suficiencia de los bienes y servicios, disminución del tiempo de trabajo, reducción de las desigualdades de renta y riqueza, mayor énfasis en el localismo frente a la centralización y la globalización, renta básica universal, educación orientada a una vida plena, y retroceso del consumo y del libre comercio. La crítica omnipresente a la economía encuentra aquí un contrapunto bastante coherente, en la medida en que el análisis económico brilla por su ausencia en el análisis del paquete de medidas, algunas de las cuales se justifican sólo en términos de fe religiosa. La realidad pone de manifiesto que para resolver los problemas económicos de cualquier época, en la práctica, suele hacer falta algo más. Las reflexiones contenidas en la obra de Robert y Edward Skidelsky son sumamente

interesantes, aunque no deje de ser una herejía cuestionar el crecimiento económico justo en estos momentos en un país como España. El crecimiento no debe ser la meta, pero sabemos lo que ocurre cuando no aparece y, aún mucho peor, cuando se sufre el decrecimiento.

Los autores explicitan que la finalidad del libro aquí reseñado es persuadir al lector de que existe la «buena vida», que podemos conocerla y debemos aspirar a vivirla. Se trata de un alegato contra la insaciabilidad económica, contra el deseo de acumular más y más dinero. El capitalismo se presenta como un arma de doble filo: por un lado, ha permitido mejoras extraordinarias en las condiciones de vida materiales de los ciudadanos; por otro, ha exaltado algunas de las características humanas más perversas, como la codicia y la envidia. Ahora que por fin se ha alcanzado la abundancia (sólo en una parte del planeta y no uniformemente, habría que añadir), los hábitos inculcados por el capitalismo nos han hecho incapaces de disfrutarla como es debido. Aun admitiendo todo lo anterior, no habría que perder de vista que otros sistemas económicos reales, a pesar de su intención de crear el modelo de un(a) hombre(mujer) nuevo(a), se han mostrado como escuelas más que eficaces para generar especímenes dotados de la mayor voracidad para la acumulación de riqueza y poder.

Según los autores, el crecimiento económico debería adoptarse como algo residual, no como un objetivo. La invitación a hacer un alto en el camino y a reflexionar es altamente deseable y la argumentación, bastante persuasiva, aunque en algunos casos se antoje un tanto apriorística. Hay un sistema concreto que ha generado unos resultados económicos. De la argumentación de los Skidelsky parece desprenderse que tales resultados están garantizados de cualquier manera. Sin embargo, la historia revela que no todos los sistemas han llevado a los mismos resultados en términos de prosperidad económica agregada. La experiencia invita, pues, a ser bastante cautos respecto a las recetas a aplicar: se hace preciso buscar un equilibrio para corregir los defectos de un sistema eficaz en la vertiente productiva sin socavar los cimientos de las relaciones económicas. No es admisible la coexistencia de la opulencia con una acusada desigualdad, pero tampoco queda muy bien posicionada la fórmula de la igualdad en la miseria.

